



Carlos Olivares

En agosto de 1970, es decir, como quien dice a diez años de la era de los Beatles pulso esta máquina para escribir acerca del pueblo en que nació. El cosquilleo que empieza a cobrar cuerpo es el de hacer historia, pero ante la muralla china de mi ignorancia no queda más que orillarla.

Sé que antes de su actual ubicación fue un pueblo transeúnte que se cambió tres veces de lugar. Agrias discusiones deben haber alimentado las reuniones porque quizás el hoyo no era lo suficientemente grande para protegerlo del viento. Que sufrió inundaciones, incendios. Que recibió emigrantes de Bavaria, Selva Negra o anda tú a saber de que perdido barrio de Frankfurt. Emigrantes que se instalaron y empezaron a trasladar su patria y su kuchen, sus cervecerías y sus héroes. Sus molinos. Su arquitectura rubia de ojos celestes y vestido azul. Su idioma, por lo tanto el alma compañero. Su levantarse temprano y obviar la siesta peninsular. Durante ese tiempo debió haber sido un pueblo con muchas ferreterías, barracas, boticas. Quizás se construía mucho puente de madera que el Llollehue (casi ni tiene eles, ¿eh?) se encargaba de destruir en julio. Mucho clavo para armar galpones y meter el trigo. Mucho mañoseo político para reelegir el alcalde. Mucho pelearle a la lluvia para que el barro no entrara a la cocina. Mucho pionero, digamos.

Claro que sé que fue Bernardo O'Higgins (atención aquí, que después este nombre cobra importancia) el que le dio el pase y firmó el decreto que lo autorizaba a instalarse como ciudad. Tranquilamente fue desplegando sus calles, me imagino. Se fundó un diario que se encargaba de repetir en las tardes con letra de molde, lo que ya casi todo el pueblo sabía. Se pavimentaron las calles principales. Se abrieron colegios. Liceo. Los árboles —tilos en la plaza, acacios en las calles— se empezaron a podar más altos. El ferrocarril hacía sonar su silbato antes de detenerse y, como en una bella historia del oeste, los ánimos se calmaron y ya no había necesidad de batirse en retirada.

Todo esto, puede y no puede ser real. Es lo que me imagino. Lo que sé porque es un lugar común más plagiado que puedo escribir los versos más tristes esta noche.

la verdad en la década del 50

La verdad empieza en la década del cincuenta. Antes yo no pertenecía a la historia sino a la geografía. Era parte del paisaje. Baluceaba dos o tres frases y aún no sabía jugar ajedrez. La escuela me quedaba cerca. Todo queda cerca en La Unión. No es raro y es bueno, muy bueno. Me iba por Serrano arriba hasta 21 de mayo y me metía a dar patadas en los recreos a una mala, hermosa pelota. En las clases las patadas eran para el "Silabario Hispanoamericano". Era la época del bolero, pero yo como era un enano de este porte no entendía por qué mis hermanas suspiraban de ese modo pegada la nariz al vidrio empañado de la ventana con la revista "Confidencias" en la mano. Mi mundo limitaba con la estación, con el Hospital Regional, con la cancha de aviación, con el Radimadi. Nuestra lucha era por conseguir las manzanas que don Otto (no es el del chiste) cuidaba a más no poder. Los que tarzaneaban en el río eran: Cachupín, Koy koy, Caliche, el Negro, el Gordo, Cabeza de Neumático, Mala pata y el Pedro. (Por mí parte era el Mono). Lo que traía la maravilla ilustrada era el Okey cada semana con su olor a tinta, el *Llanero Solitario*, la colección *Bisonte*. El centro casi no lo conocía y las escapadas al teatro Central eran tan esporádicas que ni me acuerdo. De lo que sí me acuerdo es de *Los Aguiluchos*, serial infinita que el cura nos pasaba en la parroquia y a las que me iba a meter de puras patas.

con los ojos más grandes

El liceo fue otra cosa porque ya los ojos los tenía más grandes y me despertaba temprano. Era como comerse un helado entero de frutilla eso de irse los miércoles en la tarde a mirar el campeonato interno de básquetbol que siempre ganaban los de Cuarto B. Meterse a la maleta al O'Higgins (el señor Bórquez sabe) a ver unas películas sin ninguna clase de censura. Veíamos hasta las para 150 años. Así fue que lo de Brigitte Bardot lo conocí primero que lo de la que están imaginando. La plaza se incorporó a mi mundo en largas charlas circulares a la salida de clases. En la noche. En la mañana. Fumando Libertys. A chaplinándonos con los primeros *rocks* en las fiestas de fin de curso. Orilleros de las mesas con las mandíbulas apretadas. Codos rotos. Bolsillos planchados. Lecturas frenéticas de Manuel Rojas, de Lillo, de Maupassant, de Capote, de Nabokov, de qué sé yo, de lo que caía a las manos desde la biblioteca del pueblo o de la de los Broussain (hola René). El mundo se empezó a hacer redondo, se empezó a llenar de preguntitas porque todos los años se inundaban los barrios bajos y la gente, con sus ollas, tenía que irse a la escuela dos o a la uno. Porque todos los

ión: matinée, vermouth y noche

Por CARLOS OLIVARES

FOTOS: RICARDO KELLY

años se hacía la fiesta más importante de la zona: Moulin Rouge, Las mil y una noche, El oeste enigmático etc. Solía escuchar la música y los tambores desde mi cama hasta la mañana mientras la lluvia caía y caía desbordando el río.

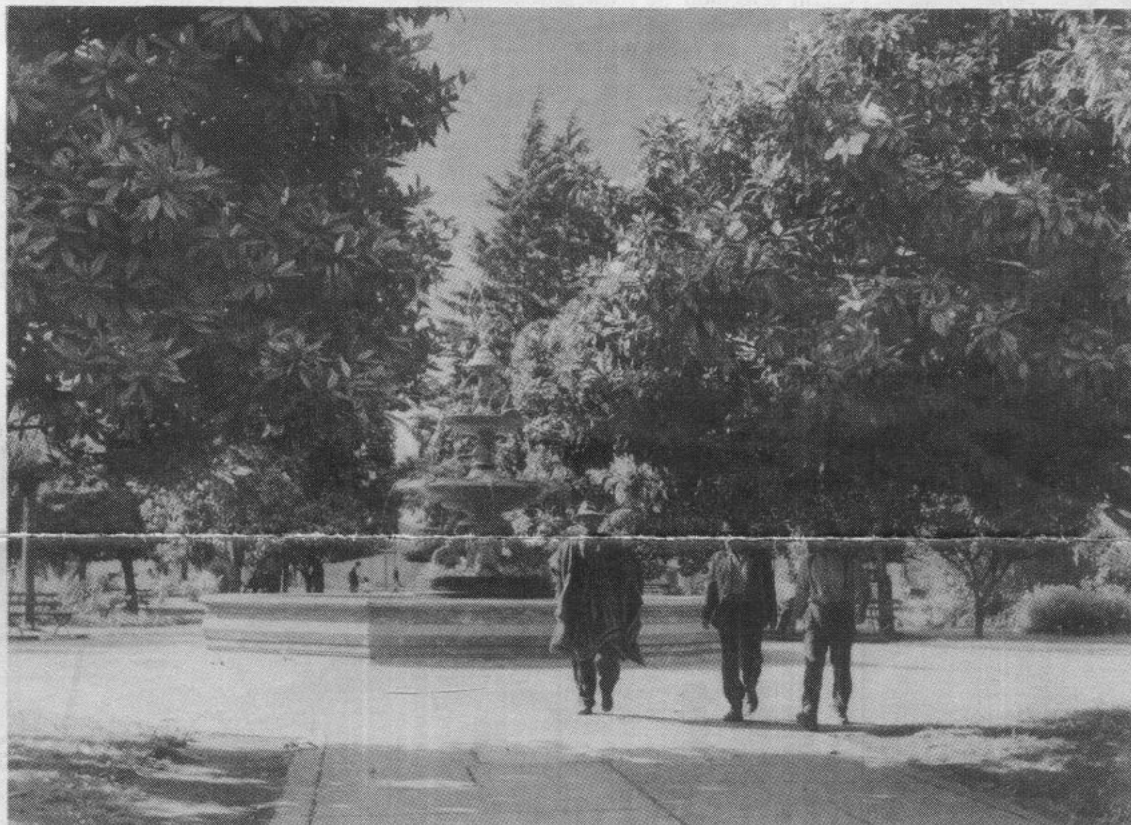
Por ese tiempo aparecieron unos frenéticos iluminados que, molestando, molestando salieron con la peregrina idea de abrir un camino por la roca viva, vetada de fierro, plagada de alerces centenarios, para alcanzar el mar. La meta: Hueicolla, una caleta que serviría de balneario. Carlos Vogel, príncipe de la idea, fundó su sociedad contra vientos y mareas de palabras. A picotazo limpio inventó su camino hasta la arena por un paisaje que ya se quisieran ver. Hoy es un poblado de cien casas y los viajes se hacen a la manera de los héroes. Nada de autitos calefaccionados. Nada de hosterías con coca colas en el refrigerador. Nada de lomitos calientes a la orilla del camino. Nada de Drive In cada tantos kilómetros. Puro paraíso. Claro que también se puede ir en avión, pero a menos de ser un novio en apuros no tiene ninguna gracia. También está el Lago Ranco donde las truchas son de agarrarlas con la mano. Donde el agua es tan cristalina como los ojos de Ana María. Lleno de hosterías. Lleno de Camping. Lleno de sol. De lluvia. De cordillera. Está padre, hermano.

Eso para el verano.

Para el invierno están las casas con sus estufas a leña disparando el calor. Arropando la esperanza mientras hago mis tareas del colegio. Tiritando en las salas del liceo sin vidrios en clase de historia. En los recreos mirando delantales blancos paseándose de a dos por el patio emparejado con maicillo. Sonriendo a la pasada. Tomándonos la mano por debajo del banco. Yendo a la matinée los domingos. Furtivamente intercambiando discursos desde una ventana. Mirando al cielo para ver los Sputniks, los Pioneers. Con la boca abierta por las perspectivas de la luna. Arañándonos el alma con los Carrs Twins que amenazaban despertar llorando en su *Vida Mía*. Et Maintenant. Ahora escribo estas cosas para que veas que no soy ingrato y lo que pasó es lo que tenía que pasar frente a la plaza. Frente a donde nos metíamos a jugar ajedrez con René Carrasco y Manfred que debe estar en Alemania más asimilado que el Plan Marshall. Y tú, ¿Qué haces?

la unión pegada a mi memoria

El compás se hace más sistemático, el pueblo avanza en sus orillas, sube los cerros, construye de nuevo sus edificios principales. Los cafés se remozan. La Municipalidad inventa un hotel. El liceo se estira. No puede más. Se



Plaza de Armas

cambia. Flamante edificio. Los niños son ahora los adolescentes. Son ellos los que circulan por la plaza. Se autofinancian los deseos. Se instala una Escuela Normal. Se sueña con una Universidad. ¿Y la Austral no está solamente a ochenta kilómetros? Los muchachos se empiezan a dejar melena. Aparece una que otra tímida lolita que sería una vestal al lado de las del Drugstore. Hay más radio, más revistas. Más películas. No tanto Sissi Emperatriz. Las ropas van coloreándose. El Nene se autonombra Raphael de España. Cuentan que pololeó con una cantante de Santiago. Hay fortunas desintegradas. Aparecen otras. Los de codos rotos empiezan a darse cuenta de los por qué. El tránsito, antes el paraíso de los descuidados (circulación en ambos sentidos en todas las calles) se organiza. Por una vez se ha tenido un Diputado. La plaza sigue siendo la más linda del país. También somos la ciudad más limpia. La más tranquila. La gente se casa entre ella. Todos se saludan. Engordan. La municipalidad nueva está terminada. La CORVI ha hecho poblaciones. Hay casas de película. Niñas hermosas también hay. Claro que las mejores se han ido a Santiago. Se han casado con ricos de fuera. La velocidad entra por intermedio del Gringo. Se construye un autódromo que será el mejor del sur. Con más sombra que el de Las Vizcachas. Para callado: to-

do se hizo bajo cuerda, pagando eso sí. Se pelea una planta IANSA. Se construye. Hay porvenir para los jóvenes, hay trabajo. En febrero se hace una Semana Unionina. Es ahí cuando llegan los locos que estudian en la universidad a revolver el gallinero. Hacen peñas. Discotheques que se llaman con nombres en latín: *Cannabis Indica*. No entiendo. ¿Qué será? ¿Tú sabes, Alberto? Se hacen bailes en la plaza. Se ilumina con ampolletas de colores. Se revientan maravillas en el aire. ¿Supiste que se casó el Pepe? Luces de mercurio hay, en las calles principales. Los dieciochos son gigantes. Cuando era niño mi hermano gordo era Boy Scout y tocaba la corneta. Yo me sentía orgulloso. La radio ha aumentado su voltaje, su sintonía. Ha entrado el presente de frentón. Pero.

Es una ciudad de la literatura. Su dueño es el recuerdo que tengo de mi madre. Hace un lustro que no camino diariamente sus calzadas. Cuando tengo vacaciones suelo bajar por Riquelme para encontrar un beso que me espera en la puerta, un abrazo. Entonces me vuelvo a sentir muy niño a pesar de que en mi mente hay otras cosquillas. A pesar de que ya ni siento el smog de Santiago. Reconozco sin tapujos que La Unión está pegada en mi memoria como un tornillo a esta máquina de escribir.